

La filosofía de la redención

Philipp Mainländer

Edición, traducción y estudio preliminar
Sandra Baquedano Jer



La filosofía de la redención
Philipp Mainländer
1876



La filosofía de la redención es la obra capital de Philipp Mainländer, autodidacta, pensador y mitopoeta alemán del siglo xix.

A lo largo de seis capítulos (Analítica de la facultad cognoscitiva, Física, Estética, Ética, Política, Metafísica) y una selección del Anexo, inédito en español (Crítica de las doctrinas de Kant y Schopenhauer), Mainländer describe el mundo como la descomposición de un Dios, quien, al igual que el *Big Bang* del comienzo-final de todos los tiempos, se suicidó, inclinándose por no ser.

El origen del universo se debe a un agotamiento de voluntad divina y la vida solo es el medio para lograr -a través de la ley del debilitamiento de la fuerza y del sufrimiento- su fin último en la muerte absoluta, la paz eterna, la redención en la nada.

Mainländer poetiza una cosmovisión según la cual el trasfondo de la realidad se vuelve una experiencia tan destructiva, que resulta imposible vivirla sin terminar dañado. Así es concebido un mundo en máxima crispación y tensión, en una correlación dinámica, que, al asumir la velocidad de la civilización, se precipita a la destrucción acelerada de sí.

Hoy en día este delicado pensamiento cobra además una compleja vigencia, que exige ser analizada en todo su alcance, dado el escenario de precolapso civilizatorio y la actual devastación ambiental en curso.

La presente edición incluye una exégesis de la obra y una selección del Anexo, inédito hasta ahora en nuestro idioma, el cual apareció en este tratado publicado por primera vez en 1876, horas antes de que el pensador acabara con su vida por las razones ontológicas que él mismo esgrime a lo largo de sus impactantes páginas

S. Baquedano Jer

PHILIPP MAINLÄNDER

(Batz, su verdadero apellido) nació el 5 de octubre de 1841. Autodidacta integral, estudió antropología, historia política, ciencias sociales y, en especial, filosofía. Los últimos años de su vida se consagró a la redacción de *La filosofía de la redención*. Escribió poemas de amor, dolor, anhelos de morir y experiencias sublimes con la naturaleza. El primero de abril de 1876, tras recibir la impresión de su obra capital, Philipp Mainländer acabó con su vida.

SANDRA BAQUEDANO JER (Valparaíso, 1980)

Dr. phil. por la Universität Leipzig, con una tesis sobre Schopenhauer, es filósofa, escritora y profesora de la Universidad de Chile, con una trayectoria de artículos y libros acerca de la filosofía ambiental y sobre algunos

filósofos alemanes de los siglos XIX y XX. Ha publicado en nuestra editorial la novela *Auditor ausente* (traducida al griego y próximamente al alemán) y la primera traducción que existiera de *La filosofía de la redención* de Philipp Mainländer (*Antología*, Tomo I y II. FCE, 2011), abriendo un camino en español en torno a la exégesis de esta compleja obra.

Índice

Cubierta

Portada

Sobre este libro

Sobre los autores

Agradecimientos

Estudio preliminar. ¿Por qué leer a Mainländer?

Nota como traductora

I. Ir en búsqueda de otros, más allá del canon

II. Estudiar el suicidio por causa ontológica

III. Sondear la posibilidad de una ecosuicidología

IV. Rechazar la legitimación del uso de violencia como
herramienta del discurso filosófico

La filosofía de la redención. Philipp Mainländer. 1876

Prólogo

Analítica de la facultad cognoscitiva

Física

Estética

Ética

Política

Metafísica

Anexo. Crítica de las doctrinas de Kant y Schopenhauer

Obras citadas de Kant y Schopenhauer

Prólogo

Analítica de la facultad cognoscitiva

Física

Estética

Ética

Política

Metafísica

Epílogo

Anexo al estudio preliminar. Índice colaborativo

Analítica de la facultad cognoscitiva

Física

Estética

Ética

Política

Metafísica

Créditos

AGRADECIMIENTOS

Este proyecto, patrocinado por la Vicerrectoría de Investigación y Desarrollo de la Universidad de Chile y por el Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura, año 2018, no hubiese sido posible sin la colaboración fundamental de Peter Schmid Anwandter. Su asistencia en los años de trabajo ayudó a consolidar esta edición de *La filosofía de la redención*. Con su luz y amistad, corrigió y perfeccionó en muchos aspectos tanto la traducción como la confección de las notas al pie.

Agradezco a los ayudantes de investigación de este proyecto, a Paolo Gajardo Jaña, por sus valiosos aportes, entre ellos, la información relevante que proporcionó acerca de ciertos personajes históricos sobre los cuales me explayo en algunas notas al pie, y a Fabián Olave Ramírez, con quien intercambiamos puntos de vista respecto a las expresiones que traduje en lenguas clásicas. Junto a ellos dos, más los tesisistas o egresados del Magíster y Doctorado en Filosofía Carlos Carreño Fernández, Claudia Donoso Sabando, Carolina Llanos Arriagada y Bruno Pino Cominetti, elaboramos en conjunto un Índice colaborativo (pp. 503-515) a fin de guiar temáticamente al principiante en la lectura y estudio de *La filosofía de la redención*.

Finalmente, mi gratitud a Roberto por acompañarme en este camino recorrido.

ESTUDIO PRELIMINAR
¿POR QUÉ LEER A MAINLÄNDER?

NOTA COMO TRADUCTORA

Los criterios de productividad, tanto de la carrera académica como los propios de las centurias modernas, han ido relegando cada vez más el valor en sí de leer libros. Traducir uno es una reivindicación detenida y meditada de hacerlo.

En este contexto, podría pensarse que sería más gratificante haber escogido la obra de alguien con el que se identifiquen mejor los propios pensamientos o que, al menos, despierte un sentimiento de honda admiración. De ser siempre así, esta sería la instancia de presentar otra versión de *El mundo como voluntad y representación* de Schopenhauer, por la grandeza filosófica y literaria de sus páginas; o de conocer mejor otros idiomas, alguna obra de Gandhi o Thích Nhất Hạnh, por el pacifismo que promueven; o algún relato de Kafka o Camus, por la maestría con la que expresan el sentimiento del absurdo en tiempos donde la pérdida de sentido es capaz de guiar la búsqueda de muchos; o *El yo dividido* de Laing, por la hermandad que tendió hacia quienes padecían en el naufragio de la existencia severos estados alterados de la conciencia. Si bien ya existen traducciones de buen nivel de ellos, la prevalencia de los cuatro desafíos que dan título

a cada apartado del siguiente Estudio preliminar (I, II, III y IV), se sobrepusieron en la traducción de *La filosofía de la redención*. Así, la pregunta ¿por qué traducir a Mainländer? no es distinta a ¿por qué leerlo?, siendo solo dos niveles de una misma interrogante.

Esta versión es la continuación de un trabajo que cronológicamente comenzó el año 2011 cuando publiqué la primera traducción al castellano que existiera de su obra, valiéndome del criterio selectivo que Ulrich Horstmann ocupó en un apartado de su compilado de las obras de Mainländer, *Vom Verwesen der Welt* (Philipp Mainländer *Filosofía de la redención*. Antología. Fondo de Cultura Económica, Santiago de Chile). A partir de entonces fueron emergiendo nuevas traducciones que le permiten hoy al lector de habla hispana investigar y adentrarse mejor en las fuentes mismas de este pensador, elogiado desde el olvido por escritores excepcionales de la envergadura de Jorge Luis Borges, Albert Caraco o Emil Cioran.



Mainländer en Nápoles.

I. IR EN BÚSQUEDA DE OTROS, MÁS ALLÁ DEL CANON

Descubrir, leer o repensar la enigmática obra de este u otro escritor que, desde los años o siglos que puedan separar de su muerte, no haya sido considerado en profundidad, ni estado presente en las listas de autores que se suelen enseñar en las cátedras universitarias, puede ayudar a todo lector avezado en materias filosóficas a forjar un camino más libre e independiente. Un desafío relevante es cuestionar ciertos patrones selectivos, que pudieron tal vez tornarse discriminatorios, si fueron aceptados inconscientemente en detrimento del resto de manera prejuiciosa o irreflexiva. Tratar de removerlos, es decir, intentar ir más allá de los territorios del canon y aventurarse lejos de sus límites, posibilita flexibilizar el proceso de anquilosamiento mental derivado de los muros dogmáticos que pueden separar imaginariamente a unos de otros. Dejarse llevar de este modo por el universo de quien se esté leyendo facilita abrirse a la gestación de premisas que no tienen por qué ser las de uno, pero que sí albergan problemáticas universales que exigen un máximo compromiso y atención. En este caso, se trata de la obra de un autodidacta, que sufrió pérdidas importantes, que sorteó trabajos que le resultaron enajenantes, pero que los

logró sobrellevar algunos años, estudiando en soledad filosofía mientras bosquejaba entre frases crípticas y, a veces, digresivas lo que sería *La filosofía de la redención*. Con el desenlace fatal de su vida, horas después de recibir el ejemplar recién publicado, se inicia el legado de una obra impactante en todo sentido, que requiere una exégesis crítica *de profundis* y que difícilmente pueda dejar indiferente a alguien que la lea en profundidad.

ASPECTOS BIOGRÁFICOS DE PHILIPP BATZ

Philipp Batz nació el 5 de octubre de 1841 en la ciudad de Offenbach, situada a orillas del río Meno (*Main*). De ahí proviene su seudónimo Mainländer, que en alemán precisamente significa ‘de la región del Meno’.

En una mirada retrospectiva, testimonia él que tanto su madre como su abuela materna fueron forzadas a casarse por pactos entre terceros, considerándose a sí mismo hijo de una violación conyugal: “Todos nosotros cargamos con la mácula de un conflicto feroz. No somos hijos del amor, sino de una violación conyugal”.¹ Haber sido llevadas a un vínculo marital sin estar enamoradas habría marcado de tal forma la vida de ambas mujeres al punto de que su abuela solía sumirse con nostalgia en oscuras visiones, confusos presentimientos interiores con ribetes místicos y religiosos, similares a los que caracterizaron la manera de ser de su madre, quien tenía un temple melancólico, rayano en la locura. Mainländer confiesa haber heredado de ellas su

carácter en el contexto de un historial familiar que permite comprender mejor su posterior teorización devota por la virginidad.²

Sommerlad sostiene que fue el menor de cinco hermanos, dos mujeres y tres hombres.³ Su formación escolar la recibió en la Escuela Secundaria de Offenbach. El padre, Georg Wilhelm Batz, dueño de una fábrica de cueros, quiso en un comienzo que su hijo fuese científico, un químico, que hiciera aportes en el rubro, como por ejemplo en el curtido de cueros, colores, adhesión de tinturas, etc., pero en el fondo prefirió encaminarlo hacia una carrera asociada al oficio de comerciante. A los quince años abandonó su ciudad natal e ingresó en 1856 a la Escuela de Comercio de Dresde, donde permaneció dos años.

El esplendor cultural de la época le permitió tomar clases de arte y estética, visitar la Galería de Dresde, los museos y asistir al teatro. Era el ambiente privilegiado que se respiraba a orillas del Elba para potenciar su talento como literato.

Por la fuerte inclinación a las letras que mostraba, se intentó persuadir al padre de Philipp para que le permitiese a su hijo seguir una carrera humanista, pero no lo aceptó. El joven no pareció mostrar rencor por este hecho e incluso se manifestó agradecido de la negativa de su padre, tal como lo expresa en este pasaje: “En esto encuentro venerable lo que me deparó el destino. Apoyado en un fundamento mucho más sólido, me he ilustrado más tarde, avanzando mucho más lejos de lo que me hubiesen podido

llevar todas las universidades del mundo. A su vez he visto el mundo desde la perspectiva de un comerciante, con lo que gané la vasta visión de un hombre de mundo y quedé libre de ese aire tóxico de los profesores de filosofía y de esa grave erudición vermicular del sabelotodo, como solía decir despectivamente Heráclito”.⁴

Ese mismo año, 1858, Mainländer emigró a Italia para ocupar un puesto en una casa comercial. Aprendió italiano y leyó a Dante, Petrarca, Boccaccio y Leopardi en original. Aquella época en la que se acentuó su vocación humanista fue empero un período de largas depresiones. Padeció un amor no correspondido y el suicidio de su hermano Daniel en Messina, a unas pocas horas de donde estaba.⁵ Tras su deceso, recibió con retraso dos cartas de su hermano fallecido. En la primera le rogaba que acudiera a Sicilia por él, en la segunda le informaba que había decidido quitarse la vida después de colapsar en la espera.⁶ Ambos sucesos generaron en él una honda afección que exacerbó su deseo de encontrar una liberación al tormento que le significaba la vida. La intención de acelerar el curso de la suya fue cronificando su fijación de ser soldado para morir en el campo de batalla, dar la vida por ideales que él consideraba superiores. La posibilidad de perecer combatiendo, más allá de reflejar su patriotismo, revelaba en el fondo su particular idealización y pasión por la muerte, una constante en su vida. Esto transmiten las historias narradas, quedando descrita la ley universal del sufrimiento en el destino de sus personajes y la muerte

como una redención de tal tormento. Para lo que fue su caso, la contemplación desinteresada e inspiradora que produjo en sí idílicos parajes naturales ayudó a compensar parte de esa congoja interior.

Escribió poemas de amor, dolor, anhelo de morir y experiencias sublimes con la naturaleza, probables memorias de Leopardi. Concibió, además, el germen de lo que llegaría a ser después la trilogía de un drama histórico, *Los últimos Hohenstaufen*, especialmente: Enzo, Manfredo y Conradino. Los restos de uno de los personajes principales, Federico II, descansan en Sicilia, donde se suicidó su hermano. Sus creaciones literarias solía tomarlas de la vida real.⁷ El rasgo común que comparten sus personajes es que, en general, están dispuestos a morir, por distintas causas: por sus amores, sus ideales, etc.

Se aproximó a la filosofía leyendo a Spinoza con gran entusiasmo, deteniéndose en los principales postulados que iba asimilando del *Tratado teológico-político*, mientras que se empeñaba en descifrar la *Ética*, que le costaba un mundo entender. Decía sentirse afortunado de no acarrear con las secuelas que hubiese dejado en su joven cerebro - que aprehendía tan pura y directamente cualquier impresión- si el destino le hubiese puesto ante sí la lectura de Hegel antes que la de Schopenhauer. Sin duda, su mayor admiración la sintió cuando descubrió la obra capital del padre del pesimismo: "En febrero de 1860 llegó el día más grande, el más significativo de mi vida. Entré a una librería y le eché un vistazo a los libros recién llegados

desde Leipzig. Ahí encontré *El mundo como voluntad y representación* de Schopenhauer. ¿Schopenhauer? ¿Quién era Schopenhauer? El nombre nunca lo había oído hasta entonces. Hojeé la obra, leo sobre la negación de la voluntad de vivir y me encuentro con numerosas citas que me resultaban conocidas en un texto que me hace preso de sueños”.⁸ Este libro influyó sustancialmente en su pensamiento, transformándose en rector de muchos aspectos medulares de su obra, tanto por lo que acogió fielmente, o que modificó, como por lo que rechazó con severidad.

En 1863, Mainländer decidió volver a Alemania, con la presión de hacerse cargo de la fábrica de cueros de su padre. Intentó justificar su retorno apelando a un ferviente amor a la patria como la más preciada joya que puede poseer un hombre: “Ni por todas las alegrías de esta tierra y del paraíso, abandonaría la sagrada tierra donde nací y me crie; ahí está mi sitio en el ‘seno del Estado’. [...] Ustedes, muchedumbre ingenua, que llaman patria suya a todo el mundo, olvidan con esto que solo puede obrar en virtud de la humanidad quien tiene un sólido fundamento nacional, y es ahí donde de vez en cuando puede soñar, en el seno de su íntima tierra”.⁹

Entre 1864 y 1866 vivió en casa de sus padres, tratando de conducir la firma de su familia lo mejor posible. Llevó una vida bastante austera y de especial cuidado a su madre, con quien tenía un trato muy íntimo y cariñoso; únicamente abandonaba la casa para trabajar. Discutiendo

un día con ella, en son de broma, le dijo: “‘Eres una pagana, una hija del mundo, una gran pecadora, y te irás algún día al infierno’. ¿Y cuál fue la respuesta? ‘¡Si tuviese ahí a mis hijos, estaría contenta!’”.¹⁰ Esas palabras generaron en Mainländer la convicción de que el instinto posesivo del amor materno era nocivo para la humanidad. En 1865, luego de un paseo a orillas del Rin, lo sobrecogió su agonía y posterior muerte. En lo afectivo, la figura de Catharina Luise no solo encarnaba su amor a la madre, sino también al de la mujer, al de la hija. Fue una pérdida que le afectó demasiado, también al resto de la familia. Sintió que el pilar fundamental ya no estaba y que debía asumir un nuevo rol, por ejemplo, hacerse cargo de su hermana Minna. No fue una época fácil, los referentes emotivos y existenciales parecían haberse esfumado. Acentuando este agobio, otra persona muy cercana, Gutzkow, un viejo amigo de la familia, sufrió una grave crisis psiquiátrica, tras la cual concluyó que su vida no tenía sentido, y se intentó suicidar.

Logró sobrellevar, en parte, la pérdida de su madre, abocándose de lleno a la vida intelectual; encargó de Inglaterra el *Manual del budismo* y el *Monaquismo oriental* de Hardy, y se concentró en el budismo. También estudió a los místicos alemanes del medioevo (*El Francfortés*) y la literatura alemana antigua, específicamente, el *Parzival* de Wolfram von Eschenbach. Buscó, además, contrarrestar su aflicción intentando en fallidas ocasiones hacerse soldado con la idea de morir por algo que él consideraba valioso,

con lo cual aceleraría en el fondo el tortuoso proceso que le provocaba vivir. De hecho, en 1866 dijo que quería sacrificarse por una Alemania unificada. Después de estos episodios en los que no irrumpía en el campo de batalla ni se hacía soldado, se consagraba con mucho más ahínco a las letras, al teatro y plenamente a la filosofía.

Vivió cinco años en Offenbach como un ermitaño. Tras la venta de la fábrica en el otoño de 1868, si bien Mainländer se sintió en un comienzo liberado de las obligaciones comerciales relativas a su familia, por una seguidilla de malos negocios, se vio, al cabo de un tiempo, forzado a trabajar en un banco en Berlín.¹¹ Sus primeros sueldos le alcanzaban para vivir con lo justo. Cuando se desocupaba de su rutina laboral, se apartaba del mundo para cultivar su erudición. Sobre la extensión horaria de la jornada se pronunció más tarde en su obra, en el capítulo Política, proponiendo reducirla en vista de que los trabajadores dispusieran del tiempo necesario para formarse y desarrollarse en lo espiritual.¹² Como autodidacta y en soledad, estudió antropología, historia natural, religión, política, ciencias sociales, poesía alemana y, en especial, filosofía. Se dedicó a leer a Heráclito, Platón, Aristóteles, Escotus, Locke, Berkeley, Hume, Hobbes, Helvetius, Herbart, Condillac, Fichte, Hegel y Schopenhauer. No obstante, fue esta última filosofía aquella que verdaderamente lo había cautivado desde mucho antes. Leía al padre del pesimismo como un devoto lee la Biblia, confesando incluso que en un momento de entusiasmo llegó

a prometerse con solemnidad a sí mismo, así como un apóstol frente a Jesús: “Quiero ser tu Pablo”.¹³

Debido al éxito de sus gestiones comerciales, su sueldo se incrementó ostensiblemente. Con sus nuevas remuneraciones, despertó en sí el deseo de convertirse en escritor independiente y dedicarse por completo a la filosofía y a las letras. Soñaba con irse a un lugar más tranquilo, alejado del centro urbano. En 1870 quiso llevar a su hermana Minna a vivir consigo, puesto que su padre había tenido que vender la casa y la familia estaba disuelta, pero la mudanza no pudo concretarse. Había estallado la guerra franco-alemana, renaciendo una vez más su afán de luchar y de morir incluso por defender su patria. Lo que fuera una infelicidad para los soldados, para él significaba la idealización de un único objetivo: dar la vida en el campo de batalla, pues la vida en términos generales no constituía algo distinto de esa lucha. Pasado un tiempo retomó el plan de recoger a su hermana y llevársela consigo a Berlín. Pensaba que no se encontraba bien y que no podía desarrollar su talento como escritora en Offenbach, pero el plan nuevamente se vio truncado cuando, al ir por ella en 1871, encontró a su padre enfermo. Decidió entonces renunciar al año siguiente a su puesto, hacerse cargo de ellos y gastar su pequeño patrimonio en mantenerlos.

En esa época Mainländer tomó conciencia de la necesidad de ordenar sus pensamientos, trazados en diversos escritos y el de aquellos otros que solo tenía en mente. Redactó en un estado de ensoñación la primera

versión de *La filosofía de la redención*. Centró sus estudios tanto en las obras de Kant como en las de Schopenhauer y, en tan solo cuatro meses, bosquejó una segunda versión de la obra, concluyéndola provisoriamente en el otoño de 1873. Escribía sin pausa, incluso bajo diversos estados febriles. Estaba tan ensimismado en la redacción que no se enteró de que la Bolsa de Viena había quebrado y que, a raíz de eso, había perdido casi todo su dinero.¹⁴ Al enterarse, comenzó a buscar trabajo y tras diversos intentos fue aceptado nuevamente en un banco en Berlín. Las penurias económicas lo hicieron retornar a un lugar que despertaba recuerdos muy tristes de lo que había sido su estadía allí. Esta vez partió con su hermana, en vista de juntar el dinero suficiente para mantener al padre. No era su ideal, le agobiaba saber que entraría en una ruina de otro tipo, pero en definitiva no le quedaba más que aceptar ese trabajo. Logró sobrellevar la estancia en Berlín con enorme pesadumbre, algo parecido a lo que debe haber experimentado Schopenhauer durante su estadía en la ciudad, cuando fracasó como docente y desde donde terminó huyendo del cólera, epidemia que acabó con la vida de Hegel. El suplicio se acabó cuando presentó al banco su renuncia en marzo de 1874, finiquitó al mes siguiente su último día de trabajo y partió.

El rumbo que siguió en los meses que le restaban de vida estuvo marcado por otra naturaleza de rigor. Escribió con máxima intensidad entre junio y septiembre. Se levantaba cada día a las siete de la mañana. Trabajaba hasta las diez

y luego se daba un baño a orillas del río Meno. Contaba que la corriente le ayudaba a escribir su obra, que lo liberaba y fortalecía. A mediodía comía aprisa un pan o algo improvisado y trabajaba sin descanso hasta las siete de la tarde. Como resultado de estas arduas jornadas, dedicado por completo a su obra en Offenbach, concluyó a fines de septiembre *La filosofía de la redención*. Su perturbante belicismo le decía que había forjado una “buena espada”. Un poco antes, había escrito: “En otoño habrás terminado tu significativo sistema filosófico. Sin duda, sentirás un gran vacío en ti. ¿Cómo quieres llenarlo? [...] ¿No será necesario que te des paz? La teoría está completa, ahora ha de llegar la praxis. ¿Y qué otra acción práctica podría seguir a la eminentemente teórica que ingresar al glorioso Ejército alemán? [...]”.¹⁵

Después de un corto tiempo, fue llamado a Halberstadt para incorporarse en el regimiento de Magdeburgo como coracero y aceptó. Había escogido el servicio más duro en el cuerpo de caballería. Afirmaba no ser uno de esos individuos que se aprovechan de los beneficios públicos sin dar nada de sí ni cumplir con su deber hacia el Estado; sostenía que quería luchar por la elevada meta o bien de la humanidad.

Era consciente de que su actividad teórica estaba lista, mientras que era inconsciente de que la práctica estaba siendo introducida por un sesgado y peligroso sentimiento nacionalista. En su autobiografía, *Mi historia como soldado*, Mainländer se presenta como un camarada ejemplar, como

modelo de soldado a seguir, que a los treinta y tres años asumió las labores más duras. Se subordinó a las rudas órdenes de jóvenes mucho menores que él de manera incondicional y por amor a ellos: “Descendí de las plácidas relaciones burguesas a las rudas condiciones de los soldados, llenas de privaciones. Había trabajado casi exclusivamente con la pluma y la cabeza, deleitándome con los genios de todos los tiempos, y ahora debía cardar los caballos, limpiar el establo, blandir el sable y darme por satisfecho con el estrecho círculo de pensamientos de las clases más bajas del pueblo”.¹⁶ Frente a quienes tenían puestos inferiores, afirmaba que lo guiaba un principio de justicia y humanidad para conducirlos a un Estado superior.

En marzo de 1875 sostuvo que ya había pasado por todo en cuanto soldado, que sus pensamientos se rozaban, empujaban, y concibió los apartados que versan sobre el verdadero idealismo, la Trinidad cristiana y el socialismo. Proyectó crear una Escuela Superior Libre, a la que posteriormente denominó Orden de Caballeros del Espíritu, de supuesto corte filosófico, que lucharía por el destino del género humano; ya había establecido los estatutos de la Orden del Grial.

Aunque se había propuesto permanecer tres años en el servicio militar, lo cierto es que solo cumplió uno. Abandonó el Ejército y regresó a Offenbach a comienzos de noviembre. Al poco tiempo, terminó algunos ensayos que póstumamente conformaron el segundo tomo de la obra. También escribió una autobiografía y una breve novela;

luego sufrió un colapso espiritual. Sentía un enorme vacío y comenzó a repensar la consecuencia entre teoría y praxis. Tiempo antes le había abierto el corazón a Minna y confesado que no podía trabajar para el pueblo y el Estado más que con la pluma.

El 31 de marzo de 1876 recibió en Offenbach la primera edición de *La filosofía de la redención*. A las pocas horas, en la noche del 1 de abril, Mainländer se ahorcó en un acto de congruencia con las premisas ontológicas forjadas por él mismo en su obra capital.

El supremo cumplimiento, que ha de atreverse a acometer el suicida, cuyo sufrimiento es padecido como un todo, es la abdicación en pro de la nada, anulándose a sí mismo como resultado de una avidez vital de esa proyección que se trasciende a sí misma.

Tras la muerte de Mainländer, su padre quedó sin apoyo alguno. Falleció en 1884. Minna erró por distintos lugares. Enemistada con su familia y parientes más cercanos, fue acogida un tiempo en casa de Gutzkow, se hizo cargo tanto de revisar, compilar y editar como de publicar el segundo tomo de *La filosofía de la redención* que apareció en 1886.¹⁷ Cumplida esta tarea, y sumida en la soledad y la pobreza, se suicidó. Ninguno de los hermanos se casó ni tuvo hijos.

Los últimos Hohenstaufen, la trilogía de un drama histórico de Mainländer, apareció en una editorial de Leipzig el año 1876. La novela *Rupertine del Fino* fue publicada en 1899. Los breves fragmentos dramáticos en

torno a Buda aparecieron en una revista religiosa el año 1917. Con la publicación de *Mi historia como soldado*, los trabajos editoriales de su legado parecían llegar a su fin. Tras más de un siglo de su muerte, entre los años 1996 y 1999, aparecieron recién sus obras completas en la editorial alemana Georg Olms.

TÍTULOS E ÍNDICES DE LAS OBRAS COMPLETAS DE MAINLÄNDER

Die Philosophie der Erlösung (1876)

La filosofía de la redención

Prólogo

Analítica de la facultad cognoscitiva

Física

Estética

Ética

Política

Metafísica

Anexo. Crítica de las doctrinas de Kant y Schopenhauer

Prólogo

Analítica de la facultad cognoscitiva

Física

Estética

Ética

Política

Metafísica

Epílogo

Die Philosophie der Erlösung (1886)¹⁸

La filosofía de la redención

Tomo II. Doce ensayos filosóficos (Edición póstuma)

I. Realismo e idealismo

1. Ensayo: El realismo
2. Ensayo: El panteísmo
3. Ensayo: El idealismo
4. Ensayo: El budismo
 1. La parte esotérica de la doctrina de Buda
 2. La parte exotérica de la doctrina de Buda
 3. La leyenda de la vida de Buda
 4. La semblanza de Buda
5. Ensayo: El dogma de la Trinidad
 1. La parte esotérica de la doctrina de Cristo
 2. La parte exotérica de la doctrina de Cristo
 3. La semblanza de Cristo
6. Ensayo: La filosofía de la redención
7. Ensayo: La verdadera confianza

II. El socialismo

8. Ensayo: El socialismo teórico
 1. Introducción
 2. El comunismo

3. El amor libre
 4. La realización gradual de los ideales
 5. Visión superior
9. Ensayo: El socialismo práctico
- Tres discursos a los trabajadores alemanes
1. Discurso: La semblanza de Ferdinand Lassalle
 2. Discurso: La tarea social del presente
 3. Discurso: La ley divina y la humana
10. Ensayo: El principio regulativo del socialismo
- Prólogo
- Estatuto de la Orden del Grial
- Motivos
- Epílogo
11. Ensayo: Selección
1. Sobre la psicología
 2. Sobre la física
 3. Sobre la estética
 4. Sobre la ética
 5. Sobre la política
 6. Sobre la metafísica
- Una sátira de las ciencias naturales
12. Ensayo: Crítica de la filosofía de Hartmann acerca del inconsciente
- Prólogo
1. Introducción
 2. Psicología
 3. Física